Raoul comprendió con su sagacidad de hombre de mundo, el afecto que iba naciendo en el pecho de Juana, y decidió terminar la situacion indefinida en que se encontraba.

Una mañana tomó el camino que conducia al castillo de la Tour du Roy.

Al echar pié á tierra encontró al marqués, que estaba examinando unos caballos que le habian traido de Inglaterra el dia antes.

—Venís á almorzar con nosotros—exclamó con alegría estrechándole la mano.

—Si la señora marquesa me lo permite.....

En esto apareció Lazarine en la terraza en traje de mañana y con el cabello suelto.

—Ya lo creo—contestó ella,—con mucho gusto. Buenos dias, señor de Raoul. Dispensadme un momento; dentro de diez minutos seré con vos.

Y desapareció.

—Mientras tanto, mirad mis nuevos caballos —dijo el marqués.

El conde estuvo largo rato ponderando las buenas condiciones de aquellos animales destinados al coche de Lazarine, y luego discutieron algunas cuestiones de *sport*, á las que eran los dos amigos aficionados.

A la media hora, un criado vino á anunciar que la señora aguardaba en el salon.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Raoul fué á saludarla acompañado de Roberto, y de allí pasaron al comedor.

—Mi querido amigo—dijo el conde de Gordes cuando quedaron hablando de sobremesa, —el objeto de mi visita se relaciona con un asunto grave. Voy á haceros una confianza, y necesito luego que me concedais un favor.

—¿Me retiro?—preguntó Lazarine.

—Al contrario, señora; si no estuviéseis aquí, solicitaria vuestra presencia.

—Si es así, me quedo.

—Voy derecho al asunto—prosiguió Raoul. —Deseo estrechar los lazos de cariño que me unen á vos y convertirlos en afecciones de familia. Yo estoy enamorado de una de las dos hermanas de la señora marquesa.

—¿Renée?—murmuró Lazarine con cierto desprecio.—No nos decís nada nuevo, querido conde. Lo hemos adivinado hace mucho tiempo. No sabeis disimular.

El conde movió la cabeza negativamente.

—Os habeis engañado, señora—se apresuró á contestar.—Por muy bonita y digna de cariño que sea la señorita Renée, no es ella á quien prefiero.... es á Juana.

Roberto y Lazarine se miraron asombrados

—¿Amais á Juana?—exclamó la marquesa.

—Con toda mi alma, señora.

—¡Pero si es una niña!

—Es un ángel que será, como vos, la mas hermosa, la mas perfecta, la mejor de todas las mujeres. Ademas, Juana tiene diez y siete años, y yo no tengo mas que veintinueve.

—Cierto—contestó la señora de la Tour du Roy sonriendo.—No hay desproporcion en la edad, y despues de todo, haceis bien en preferir á Juana. ¡Pobre Renée!.... Aquí, entre nosotros.... yo creo que ella tenia alguna esperanza de ser condesa de Gordes.... Quizá lo diese como cosa segura.....

Lazarine se alegraba del chasco de su hermana.

—¡Pobre Renée!—murmuró tambien Roberto, que sabia confidencialmente á que atenerse respecto del asunto, por lo que la hermana política le habia confesado en Venecia:—Estaba equivocado como la marquesa, y os creia enamorado de Renée. Juanita me parece aún muy niña.... pero, en fin, ella es buena y bonita, y vuestra resolucion no podria extrañar á nadie. ¿Sabe que vos la amais?

—No me he permitido decirle una palabra sin contar con la aquiescencia de su padre.

—Ese es un procedimiento que os honra. Pero.... ignorais por completo si vuestro amor es correspondido.

—No lo sé á punto fijo. Juanita, cuyo candor es angelical, desconoce, no solo el amor

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

sino tambien el verdadero sentido de esta palabra. De que ella no me ama todavia, tengo certeza absoluta, pero creo tambien que no se negará á concederme su mano; y una vez condesa de Gordes, me amará de seguro.

—¿En qué fundais vuestra opinion?

—No lo sabré decir.... Pero lo presiento, lo veo así claramente, estoy seguro de ello.... No podria explicarlo.... Es la fé. ¿Se explica la fé?

—Está bien—dijo el marqués.—Nos habeis hablado de una confidencia y de un favor que que os teniamos que hacer. Sabemos la confidencia. ¿Cual es el favor? Creo inútil advertiros que conteis para todo con nosotros.

—Si mi padre viviera—murmuró Raoul,—yo le suplicaria que fuese á casa del señor Leroux y le pidiera la mano de su hija.... En su defecto me dirijo á vos, que sois el amigo á quien mas aprecio en el mundo, y os ruego deis en mi nombre este paso, del cual depende mi felicidad.

—¿Por qué no lo haceis vos mismo?

—No me atrevo.....

—¿Qué temeis? Un pretendiente de vuestras condiciones, ¿no ha de estar seguro de ser bien recibido?

—Desconfío de mí. Si el señor Leroux, lo que Dios no quiera, tuviera otros proyectos, si

me hiciese alguna objecion, me faltaria en aquel momento la serenidad y comprometeria mi causa.

Lazarine dejó escapar una sonrisa burlona, y convencida de que no la observaban, se encogió de hombros.

Los temores de Raoul le parecian inocentes y hasta ridículos.

Sabia perfectamente que el señor Leroux recibiria con los brazos abiertos á un yerno millonario y aristócrata, como un don de la Providencia.

—Necesito—continuó el conde—añadais una prueba mas á las muchas de afecto que de vos tengo recibido. Os habeis ofrecido y reclamo vuestra palabra.

—Teneis razon—replicó Roberto.—Acepto la mision que me confiais. Y conociendo la impaciencia en que debe hallarse todo corazon enamorado, voy ahora mismo á hablar á mi suegro.

—¡Ah!—gritó el conde con alegría.—¡Como agradeceros!.....

—¡Psit! Ni una palabra—se apresuró á decir Roberto.—No me agradezcais nada hasta que no conozcamos el éxito de mi comision.

Tocó un timbre y dió órden de enganchar.

—¿Me acompañais?—dijo á Raoul.

—No quisiera.....¡Estaria violento mientras durase la conferencia con el señor Leroux.

—Es natural. Quedaos aquí hablando de Juana con Lazarine; compadeced á mis caballos.

Un cuarto de hora mas tarde, el marqués de la Tour du Roy, guiando su coche, se perdió entre una nube de polvo por el camino de Hojas-Verdes.

XLIV

Roberto encontró á su padre político fumando tranquilamente en su habitacion, con el aire de un hombre verdaderamente aburrido.

—¿Venís solo?—preguntó.—¿Lazarine está buena?

—Tranquilizaos—respondió el viajero,—la marquesa se halla perfectamente y os envia sus mas cariñosos recuerdos. Si vengo solo, es porque traigo una mision de confianza. No vengo como visita, ni como de la familia, sino como embajador.

—¡Embajador! ¿De qué potencia?—preguntó el antiguo banquero sonriendo.

—De nuestro vecino comun el señor conde de Gordes.

—¡Oiga!—exclamó el señor Leroux sonrien

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.